



Capítulo 569: Monte Hua

Virgilio caminó por el pasillo de piedra negra como si no tuviera prisa. Sus manos estaban en los bolsillos de su impecable traje, el frío resplandor de las antorchas se reflejaba en su cabello plateado y cada paso sonaba rítmico, firme, casi desdeñoso. A su lado, Zafiro mantenía su porte elegante, pero su mirada delataba algo que la hacía... incómoda.

Vergil se dio cuenta inmediatamente. No dejaba pasar nada.

"Estás extrañamente callado," dijo, sin mirarla, con la voz baja como un ronroneo agudo. "Conozco esa mirada en tu cara, como la de alguien que lleva malas noticias. Vamos, sólo dilo."

Zafiro respiró profundamente y miró hacia otro lado por un momento, como si debatiera si era prudente abrir la boca. Pero ella sabía que ocultarle algo a Vergil era más peligroso que enfrentar el problema de frente.

"Él... pidió verte," dijo finalmente, con voz casi como una confesión.

Virgilio dejó de caminar. No fue un paso vacilante, fue una interrupción repentina y calculada. El eco de su suela contra la piedra se apagó y lentamente giró la cabeza, mirando a Zafiro con esos ojos azules que brillaban como cuchillas.

"¿Él?" La palabra salió espesa de hierro. "No me digas que él es quien creo que es."

Zafiro mantuvo su postura, pero estaba claro que no le gustaba.



"Wukong," confirmó, casi en un susurro. "El rey mono."

El silencio que siguió fue pesado, casi palpable. Vergil entrecerró los ojos e inclinó ligeramente la cabeza, como si estuviera seguro de que tenía que estar bromeando.

"¿Estás bromeando?" finalmente dijo, con la voz llena de incredulidad y sarcasmo.

Zafiro suspiró, cruzando los brazos sobre el pecho.

"Ojalá lo fuera", respondió ella con firmeza. "Pero no, Virgilio. Él quiere hablar contigo." Y... tú sabes tan bien como yo que no hay forma de escapar de ello.

Vergil la miró fijamente durante unos segundos y luego soltó una risa breve, seca y sin humor.

"Por supuesto," murmuró, sacudiendo la cabeza. "El destino siempre tiene un chiste listo para mí."

Volvió a caminar, pero esta vez sus pasos tenían un peso diferente. Sus pensamientos no estaban en el presente, sino en un recuerdo muy conveniente: el día en que Wukong, por manipulación o por casualidad del Caos, había terminado matando al propio Papa.

Vergil se lamió los labios, casi divertido por el recuerdo, y comentó en voz baja:

"Así que... todavía lo recuerda."



"¿Cómo pudo olvidarlo?" Zafiro respondió, ahora siguiéndolo de cerca.
"Hiciste que el Rey Mono derramara sangre humana. Afortunadamente no pasó nada, pero normalmente eso causaría mucho Caos."

Vergil sonrió, esa expresión perezosa ocultaba malicia.

"Ah, sí." Dicho esto, has matado a más papas que él", murmuró. "Deja de meterte conmigo."

Se detuvo ante un balcón abierto, mirando las llamas eternas que iluminaban el horizonte del inframundo.

"Quiere hablar conmigo..." repitió Virgilio, con un tono entre reflexivo y provocador. "Bueno, no hay mucho que pueda hacer. ¿Dónde está él?"

...



El viento rugió fuerte mientras Vergil subía los últimos escalones de piedra del monte Hua. El cielo chino estaba teñido de un tono rojo anaranjado, como si el horizonte mismo estuviera en llamas. Con cada paso, el aire parecía más delgado, más pesado, cargado de una energía espiritual que no se encontraba en ningún otro lugar del mundo humano.

La leyenda decía que esta montaña era la morada de los inmortales. Que simplemente llegar a su cima era un desafío reservado para unos pocos selectos —hombres santos, guerreros legendarios o locos que no temían a la muerte. Virgilio, naturalmente, no entraba en ninguna de estas categorías. Subió porque quería. Porque tenía una cita.



Y cuando finalmente llegó a la cima, el viento amainó. El silencio era absoluto, roto sólo por el latido de su corazón y el lejano susurro de pájaros que nunca se dejaban ver.

Virgilio miró hacia arriba.

Y allí estaba ella.

De espaldas a él, al borde del acantilado, flotaba una mujer. Su figura parecía moldeada de oro vivo, como si hubiera salido de un tapiz celestial. Su largo cabello rubio ligeramente ondulado bailaba en el viento que se elevaba a su alrededor, brillando como mechones de luz bajo un halo radiante que ardía detrás de ella.

El vestido que llevaba era una mezcla imposible de seda, llamas claras y doradas— ceñido en la cintura, abriéndose en capas fluidas que parecían tener vida propia, brillando como llamas. Delicadas cadenas y joyas etereas adornaban sus brazos y piernas, reflejando chispas brillantes, como si cada uno de sus gestos estuviera acompañado de constelaciones enteras.

Fue, sin duda, la visión de una diosa.

Virgilio se detuvo, la estudió con ojos agudos y cruzó los brazos. Él no dijo nada. Él simplemente esperó.

Entonces la mujer habló, sin siquiera girar la cabeza:

"Hola chico."



Su voz era extrañamente profunda, con un timbre ronco que chocaba con su delicada forma. Era casi como si dos voces —una femenina y otra masculina— resonaran al unísono.

Virgilio arqueó una ceja, inclinando ligeramente la cabeza.

"Tú... no eres Wukong," dijo, sin moverse.

La mujer se rió. Una risa baja, mezclada con burla. Luego lentamente giró la cara.

La sonrisa que llevaba no era humana. Era amplio, burlón, lleno de malicia. Y sus ojos —dorados como el sol— ardían con el inconfundible salvajismo del Rey Mono.



"Pensé que esta apariencia sería más... adecuada para hablar contigo." Escuché que no te gustan mucho las cosas masculinas a tu alrededor. Bueno, considerando con cuántas mujeres sales", dijo con total naturalidad, girando lentamente en el aire hasta que lo miró de frente.

Vergil parpadeó una vez. Luego dos veces. Y luego dejó escapar un suspiro, como si intentara procesar alguna idiotez cósmica.

"Te convertiste en una chica guapa... ¿para hablar conmigo?" Su tono era seco, rebosante de sarcasmo. "De verdad... ¿estás de acuerdo con esto?"

La risa de Wukong resonó fuerte, vibrando en las rocas de la montaña. Fue una risa descarada, muy lejos del cuerpo de diosa del que hacía alarde en ese momento.



"Soy un dios, niña", respondió ella, cruzando los brazos bajo sus pechos dorados como si no le preocupara la contradicción. "No tengo género. Maldita sea, soy un mono."

Virgilio entrecerró los ojos, pero ya se estaba formando una sonrisa burlona en sus labios.

"Hasta los monos tienen genitales." replicó, con la lengua tan afilada como siempre.

La mirada dorada de Wukong brilló y, por un instante, el aura a su alrededor creció. El aire se distorsionaba, el halo de luz parpadeaba y las cadenas que adornaban su piel tintineaban fuerte, como si vibraran en sintonía con su rabia.

Pero en lugar de explotar, Wukong sólo se rió aún más fuerte.

"Soy un mono divino, muchacho", respondió inclinándose hacia adelante, con su sonrisa casi canina. "Y puedo ser lo que quiera. Hombre, mujer... o incluso un dragón de cien cabezas, si así lo deseo."

Vergil suspiró profundamente, pasando la mano por su rostro como si no pudiera creer la dirección que estaba tomando esta conversación.

"Por supuesto. ¿Por qué no?" Él murmuró. "El mundo ya no tiene suficientes problemas... ahora tengo que lidiar con una drag queen mono celestial."

"¿Drag queen?" Wukong se rió tanto que el halo de luz que lo rodeaba vaciló. "Eres muy gracioso, chico. No me extraña que me gustes."



Vergil levantó una ceja con sospecha.

"¿Te gusto?" No me des eso. No me llamaste aquí sólo para desfilar en esta... versión alternativa de ti mismo. ¿Cuál es la verdadera razón, Wukong?"

El aire cambió. La sonrisa de Wukong permaneció, pero sus ojos dorados perdieron parte de su burla. El aura que rodeaba su cuerpo se hizo más pesada, más seria, casi asfixiante.

Aterrizó suavemente en el suelo, con las piernas desnudas tocando la antigua piedra del monte Hua. Cada paso hacia Virgilio parecía llevar el peso de siglos.

"La razón..." dijo, con la voz resonando con algo más profundo. "...es que me debes una."

Virgilio arqueó una ceja, fingiendo confusión.

"¿Te debo una? Sólo recuerdo haberte dado la diversión de matar al Papa," respondió casualmente. "Pensé que te gustaba."

El brillo en los ojos de Wukong oscilaba entre la ira y la diversión.

"Me gustó", admitió sin dudarlo. "Pero me usaste, chico. Me atrajiste a tu pequeño juego sin siquiera preguntar."

Virgilio dio una sonrisa perezosa, del tipo que irritaba a cualquiera que hablara en serio.

"Ah... así que eso es todo. No estás enojado porque mataste a un líder religioso. Estás enojado porque no tuviste otra opción."



Wukong no respondió de inmediato. Simplemente entrecerró los ojos y lo evaluó, antes de finalmente decir:

"Tienes coraje. Respeto eso. Pero el coraje sin límites es estupidez."

Vergil se rió suavemente, inclinándose ligeramente hacia adelante, con sus ojos azules parpadeando como cuchillas.

"Y nunca dije que no fuera estúpido, Wukong", respondió. "Simplemente hago que valga la pena."

El silencio que siguió fue denso, pero había una energía extraña en él. Como si ambos estuvieran poniendo a prueba los límites del otro—burlándose, empujándose, pero sin cruzar la línea que convertiría las palabras en guerra.

Luego Wukong volvió a sonreír, abriendo los brazos como si abrazara el horizonte dorado.

"Muy bien, muchacho", dijo. "Tienes un torneo por delante. Así que simplemente lo diré. Mata al candidato de Yama y lo olvidaré."

Vergil miró a Wukong por un segundo y se preguntó si se estaba volviendo loca o algo así. "¿Estás bien?"

Wukong miró a Vergil y dejó escapar un suspiro cansado. "Estoy tratando de evitar una guerra budista, ¿y tú estás cuestionando mi cordura?" Wukong suspiró.



"Joder, ya estoy loco por matar a tantos dioses y Budas, no hablamos de cordura ahora. Estos no son los viejos tiempos. Aunque puedo matar a quien quiera, no quiero ningún problema con el Emperador de Jade. Él me dio esta mierda como regalo, así que estoy bien con eso." Wukong señaló la tiara.

"¿Una guerra budista? ¿Qué diablos está pasando?"

"Digamos simplemente... parece que tenemos problemas internos dentro de nuestro panteón. Por eso me vas a ayudar." Wukong sonrió como una niña tratando de seducir a un hombre.

"Vuelve a ser un mono, por favor. Estoy enfermo viendo esto."

